

ISABEL JARAMILLO. Lic. en Ciencias Sociales.
Colaboradora del CEA

El “conflicto de baja intensidad” en el Caribe: la fase preventiva

En el “conflicto de baja intensidad” se integran medidas dirigidas a contrarrestar los cambios sociales o revertir los en función de la “seguridad nacional” norteamericana

La actual percepción¹ estratégica norteamericana ubica a todo el Tercer Mundo en lo que se denomina área de conflicto de baja intensidad. Según el *Mandate for Leadership II* de la Heritage Foundation,² el ‘conflicto de baja intensidad’ es una estrategia a través de la cual los programas de ayuda pueden implementarse en regiones conflictivas sin la ominosa carga que significa la intervención militar directa. Esto significa tratar de evitar los debates en el Congreso, los movimientos antibélicos, los marines muertos devueltos a los Estados Unidos; en definitiva, eludir todo aquello que significó un alto costo en la guerra de Vietnam. Esta doctrina bélica contempla el uso de elementos paramilitares, la guerra económica, la propaganda, la desestabilización y las operaciones antiterroristas. Las ‘fuerzas especiales’ son un elemento fundamental en el “conflicto de baja intensidad”; desde 1981 la administración Reagan ha tomado medidas respecto a ellas.

Actualmente las “fuerzas especiales” cuentan con un Comando Conjunto revitalizado y ampliado; se han ampliado; también las fuerzas especiales dentro de los diferentes servicios armados y se han creado nuevas unidades “antiterroristas en el Pentágono.

Aunque el concepto de ‘conflicto de baja intensidad’ se deriva de lo que los estrategas militares llaman “espectro del conflicto”, se está generalizando en el establishment de la defensa y en los *think-tanks* dedicados al tema, como concepto globalizador de una variedad de “hechos y sucesos, o “conmociones sociales” que se suceden en el mundo subdesarrollado como resultado de la explotación crónica, la creciente depresión económica y el endeudamiento externo.

Según Weinberger, el ajuste del antiguo pensamiento estratégico y el desarrollo de una nueva concepción de la política que contempla, la utilización de la fuerza militar como un instrumento de política exterior, se deben a los cambios en la política internacional y en el equilibrio militar global que han creado una “nueva geografía de conflicto”, para lo cual es necesario “un aparato militar flexible y móvil que pueda

¹ Las percepciones adolecen de un peligro interpretativo porque corresponden a una interpretación intencional de la realidad en la que inciden elementos de propaganda, desinformación y parte de información real que le puede encubrir parte de la realidad o la realidad misma.

² Heritage Foundation: *Mandate lo, Leadership II*. 1984; R. Shultz: Low Intensity Conflict. pp. 264-70.

adaptarse rápida y decididamente”³ a los intereses de los Estados Unidos dondequiera que estén.

Además se argumentó que “debido a que enfrentamos un espectro de amenazas —desde la agresión encubierta, el terrorismo y la subversión, a la intimidación y el uso de la fuerza bruta— elegir el nivel apropiado de nuestra respuesta es difícil [...] una respuesta flexible significa que cualquier respuesta es la apropiada” [...] los Estados Unidos “deben estar preparados para enfrentar una gama de posibilidades, un espectro de crisis que va desde la insurgencia local al conflicto global” [...] Prefieren, por supuesto, *limitar cualquier conflicto en sus etapas iniciales*, contenerlo y controlarlo; pero para hacer eso nuestras fuerzas militares deben ser desplegadas a tiempo”.⁴

Esta “nueva geografía” no es realmente nueva, sino que retoma, adecua y decanta viejas concepciones para justificar intervenciones selectivas.⁵

En el lenguaje del Departamento de Estado, las naciones deben ser capaces de protegerse a sí mismas cuando se enfrentan a una amenaza obvia. Pero ¿qué sucede con esas áreas grises que están ubicadas en algún lugar entre una guerra abierta y una feliz armonía?⁶ Se plantea que los Estados Unidos deben estar preparados para enfrentar “una amplia gama de amenazas ambiguas en el área oscura entre la guerra de envergadura y la paz milenaria”, dada la necesidad de estar preparados para comprometer su poder político, económico y, si fuera necesario, militar cuando la amenaza sea aún controlable y cuando su uso prudente pueda impedir que esa amenaza evolucione.⁷

Todo lo anterior se relaciona directamente con algunos criterios sobre la seguridad, que sostienen que la seguridad nacional debe abarcar virtualmente todas las facetas de la actividad internacional, incluyendo (aunque no limitando) las relaciones exteriores, la defensa, la inteligencia, la investigación y el desarrollo, la economía internacional; en una palabra, “la seguridad nacional” debe reflejar la perspectiva del Presidente, de la cual la diplomacia es sólo uno de los componentes.⁸

³ Michael T. Klare: “The Reagan Doctrine”. En *Inquiry*. marzo-abril de 1984.

⁴ Gaspar Weinberger: “Los usos del poder militar”. Discurso en el National Press Club, 28 de noviembre de 1984.

⁵ Cfr. G. D. Foster. “On Selective Intervention”. En *Strategic Review*. 1983.

⁶ George Shults; “La ética del poder”, discurso en la Universidad de Yeshiva, 9 de diciembre de 1984.

⁷ Cfr. George Shultz; *Remarks on Low Intensity Warfare Conference. National Defense University*, 15 de enero de 1986.

⁸ Palabras de Richard Allen a *The New York Times*. 15 de febrero de 1983. Allen se desempeñó como asesor de seguridad de Reagan, 15 de febrero de 1983.

El llamado “conflicto de baja intensidad” es un concepto de dimensión estratégica que integra medidas políticas, económicas, sociales y militares que tienen por objeto “ganarse al pueblo” y “evitar ciertos resultados” obviamente referidos a procesos revolucionarios e incluso a medidas modernizantes y/o reformistas que tengan lugar en los países del Tercer Mundo y que los Estados Unidos estimen que atenten contra sus intereses. Incluye el uso de la fuerza militar como elemento “disuasivo”, y en una fase extrema contempla la participación directa de tropas norteamericanas cuando el país o la región afectada no haya sido capaz de solucionar el problema a partir de las medidas internas implementadas con ayuda y asesoría norteamericana en todos los niveles para lograr la llamada “construcción de la nación”.

En el caso de la llamada Cuenca del Caribe, este enfoque político-militar se dirige a dos subregiones que componen dicha definición geopolítica y para la cual se crean planes comunes en una paráfrasis de la “Alianza para el Progreso” y del “Plan Marshall”: la Iniciativa para la Cuenca del Caribe y el *Informe Kissinger* constituyen parte del proyecto de la administración Reagan, enmarcado en la confrontación Este-Oeste, en la línea de la contención y de roll-back.

En Centroamérica, considerada el “peligro inmediato”⁹, el “conflicto de baja intensidad” se encuentra en la fase ofensiva. Los Estados Unidos financian abiertamente a la contrarrevolución, saturan el escenario de maniobras y ejercicios con una aparente intención “disuasiva”, cuyo carácter potencialmente agresivo es indudable. Además, obstaculizan soluciones negociadas¹⁰ en un intento por revertir la Revolución Nicaragüense e impedir el avance del movimiento revolucionario salvadoreño a fin de mantener y agudizar artificialmente el conflicto local.

Aún después de Granada, el Caribe representa un “peligro potencial”. La invasión a la Isla, una demostración de fuerza y una victoria coyuntural fácil, encubrió el desastre de los *marines* en el Líbano; la operación fue un termómetro para medir la reacción de la URSS y Cuba y estuvo esencialmente dirigida a recuperar la imagen hegemónica norteamericana.¹¹ A este respecto, es importante considerar la teoría del *Army War College*, según el cual los microestados representan piezas o peones en el balance global estratégico.

⁹ Cfr. Isabel Jaramillo: “Centroamérica el “peligro inmediato”, ponencia a la Conferencia Contra la Carrera Armamentista por la paz y el Desarrollo, La Habana, enero de 1985

¹⁰ Dijo Shultz; “Las negociaciones no son el objetivo de la política exterior norteamericana, son el medio por el cual se logra ese objetivo [...] que las negociaciones y la diplomacia que no están respaldadas por la fortaleza son, en el mejor de los casos, peligrosas”. Discurso ante los veteranos, Chicago, 21 de agosto de 1984.

¹¹ Cfr. Isabel Jaramillo; “*La estrategia intervencionista estadounidense hacia el Medio Oriente y en la “Cuenca del Caribe”*. Avances de Investigación no. 18, CEA, 1983

En la jerga atlántica el Caribe constituye una zona gris, lo cual descarta una intervención coordinada de la OTAN. Resulta entonces que los Estados Unidos son los destinados a participar en actividades que se definen como de “defensa interna en el exterior,”¹² y donde se aplican medidas correspondientes a una fase preventiva en el área en el marco de “conflicto de baja intensidad”.

En el contexto de la “Cuenca del Caribe”, el carácter de la percepción que los Estados Unidos tienen de Cuba¹³ cumple un papel decisivo, y si a esto agregamos que se considera que “el Caribe enfrentará un problema —esto es, cómo contrarrestar la decadencia de las infraestructuras democráticas y parlamentarias creadas durante la reciente experiencia colonial”¹⁴, resulta que la región se reubica en una escala de prioridades estratégicas de Washington aplicándose una combinación de medidas políticas, económicas y militares como tareas preventivas en un área fuertemente afectada por la crisis.

El enfoque norteamericano que hace de Cuba el eje de su política exterior hacia la “Cuenca”, se basa —aparte del trauma que representó al triunfo de la Revolución Cubana— en la percepción del papel de la Revolución como un subrogante soviético con designios regionales, en la posibilidad de que esta obstruya las vías marítimas fundamentales para la economía de los Estados Unidos y obstaculice los suministros a países de la OTAN; asimismo, en el peligro de que “caigan” paulatinamente todos los países de la región, incluso México, y de que los Estados Unidos se vean aislados política y militarmente. La difusión de este enfoque, vías, medios masivos y agencias internacionales de prensa, oscurece una percepción propia por parte del Caribe e impide que se vea a Cuba como un actor caribeño que plantea un modelo socialista de desarrollo alternativo en un contexto de constantes presiones y prolongada agresividad. La invasión a Granada cumplió —en una maniobra de flancos— el objetivo expuesto por Haig en el sentido de “ir a la fuente”.¹⁵

La intervención norteamericana en Granada agudiza una serie de problemas en el área caribeña. La invasión provocó serios daños a las reclamaciones de los países de

¹² *Manual FM-100-20*, Fort Guillick, 1982

¹³ Sobre Cuba, véanse. Carlos Díaz e Isabel Jaramillo: Cuba y el Caribe, ponencia a CALACS, Canadá, octubre de 1982; A. Payne, P. Sutton y T. Thorndike: *Granada Revolution and Invasion*. New York, 1984; Néstor Sánchez; “The, Communist Threat”. En *Foreign Policy* no. 52. 1983; T. H. Moorer y G. A. Fauriol: op. cit; Rafael Hernández: “La política de los EE.UU. hacia Cuba y la cuestión de la migración”. En *Cuadernos de Nuestra América* no. 3. pp. 83-85; Informe de Santa Fe. En *Cuadernos Semestrales del CIDE* no. 9.

¹⁴ T. H. Moorer y G. A. Fauriol: *Caribbean Basin Security*, The Center for Strategic and International Studies, Georgetown University, Washington D.C., 1984, p. 41.

¹⁵ Cfr. Néstor Sánchez; op. cit y Moorer y Fauriol: op. cit.

la comunidad del Caribe; además significó una contravención a las leyes internacionales.¹⁶

La integración caribeña se ve fuertemente afectada en el punto de la coordinación de la política exterior y en la posibilidad de los Estados caribeños de proyectar posiciones conjuntas respecto a los problemas de la región, lo cual fortalecía su representatividad y capacidad de negociación. Parece desarticularse un frente caribeño común e integrado en torno a asuntos de interés mutuo, así como también el pluralismo ideológico en el contexto regional.¹⁷

En el marco del conflicto de baja intensidad, la invasión a Granada, “golpe rápido”, “acción policiaca” o quirúrgica, se cataloga como el tipo de “operaciones que servirán para lograr metas político-militares extremadamente limitadas: aquellas deberán durar poco y utilizar el poderío militar en una forma altamente concentrada”.¹⁸ Así en Granada se consagra un método que, desde el punto de vista de los Estados Unidos, legitimó el uso de la fuerza en la política exterior y dejó claro ante los altos mandos las grandes dificultades que representaría este tipo de intervención en una escala mayor y en otra coyuntura.¹⁹

En el ámbito caribeño, la Revolución Granadina no se percibió como una amenaza a la seguridad.²⁰ Esta percepción por parte de los caribeños cambió sólo cuando esa revolución fue liquidada por elementos extremistas dentro del Movimiento de la Nueva Joya, y entonces el derrocamiento del gobierno revolucionario proveyó tanto a los Estados Unidos como al Caribe de una oportunidad para eliminar una amenaza que percibían de forma diferente.²¹ Aunque hubo una percepción diferenciada, es necesario tener en cuenta que la que primó —impuesta y orquestada hasta que llegó a

¹⁶ Cfr. Carl Rattray: *The Legality of the Invasion of Granada by the US and Caribbean Forces and its Political Implications, Locally and Regionally*; *Proceedings of a Regional Seminar on Caribbean Sovereignty*, Kingston, Jamaica, 1984, PP 87-89.

¹⁷ Ll. Seawar: “The Security of Small States”. En. *CARICOM Bulletin* no. 6, 1985, p. 7; T. Payne, P. Sutton y T. Thorndike: op. cit. La coordinación de una política exterior con vista a establecer una voz regional —una de las metas de CARICOM en 1973— giraba en torno a dos objetivos principales, según Seawar: “asegurar la seguridad de los Estados miembros individuales por medio de un enfoque coordinado restringido hacia la comunidad internacional y buscar que el sistema internacional apoyara más las normas y formas de organización que promueva la seguridad y desarrollo de los pequeños estados”.

¹⁸ N. Livingstone: artículo de *World Affairs*, vol 146, no. 13, Washington D.C., 1983-84, p. 222.

¹⁹ Cfr. *Time*, 14 de noviembre de 1983, p. 29.

²⁰ Para la percepción norteamericana, véase la presentación de Ronald Reagan ante la TV, marzo de 1983, y el discurso ante el Congreso del 27 de abril de 1983.

²¹ Sobre esta diferencia de enfoque; en cuanto a la Revolución Granadiense, cfr. R. W. Palmer: “*Dealing with Stcurity Thear*”. En *The Commonwealth Caribbean-Crisis and Adjustement*; y *The English Speaking Caribbean: Current Conditions and Implications for, US Policy. Report prepared by the Congressional Research Servise, Library of Congress. for the: Subcommittee: on Western Hemisphere Affairs, US House of Representatives, US Government Printing Office*, 13 de septiembre de 1985.

transformarse en argumento— fue la de los Estados Unidos: el proceso granadino representaba una amenaza a su seguridad y debía ser eliminado.

Una vez “solucionado” el problema de Granada, cuando “la amenaza era aún controlable”, se trató de crear un marco político-militar-ideológico que sirviera de escudo protector al área, ya que el Caribe puede ser una “zona neutral, de amortiguación, un área de estabilidad, certeza y lealtad entre América del Norte y las históricamente inestables naciones de América Central y Sur”.²² Esto, a su vez, implicaría la instalación de una “fuerza multinacional”, lo cual redundaría en un incremento de la injerencia norteamericana en la zona.

En el aspecto económico, la fórmula está compuesta fundamentalmente por la Iniciativa para la Cuenca del Caribe (ICC)²³ que, como parte del proyecto geopolítico de la administración Reagan, está encaminada a “asegurar que las naciones de la Cuenca del Caribe continúen compitiendo favorablemente en comparación con Cuba”, a garantizar un “flanco caribeño seguro y estable”; particularmente durante una crisis Este-Oeste en Europa²⁴ y, en términos generales, a orientar la región hacia un modelo único de desarrollo basado en el libre mercado y la inversión privada, las tarifas comerciales preferenciales y un marcado bilateralismo en los programas de ayuda; aunque las condiciones impuestas por el FMI “sin duda de ninguna clase auguran un desastre económico, un desastre político y un desastre social, van a engendrar una crisis sin precedentes, de consecuencias impredecibles.”²⁵ Se perfilan entonces estallidos sociales que serían sólo controlables por intervenciones militares con la consecuente restricción del espacio político. (Ver tabla no. 1).

El monto de la ICC resulta irrisorio: 350 millones de dólares comparado con la balanza de pagos del Caribe, que sobrepasan los 4 000 millones anuales; la inversión privada norteamericana no ha sido significativa. La liberación arancelaria resulta limitada²⁶ ya que antes de la ICC el 87% de las exportaciones ya entraban a los Estados Unidos libres de aranceles. La incapacidad de las industrias locales de producir la cantidad y a los precios que las harían competitivas en el mercado

²² Lt. Com. M. R. Adams, US Coast Guard: “Coast Guarding the Caribbean”. En *Proceedings*. agosto de 1982, pp. 61-65.

²³ Cfr. *Fact Sheet CBI*, febrero de 1982; T. Barry et al: *The Other Side of Paradise*, Grove Press, 1984; A. Singham y S. Hunt: “The CBI: the US Response to Non-Alignment”. En *Transafrica Forum*. Vol. 1, no. 2, 1982. Véase así mismo los documentos sobre la ICC publicados por Cuadernos de Nuestra América, vol. 1, no. 4, enero-junio de 1984.

²⁴ H Palabras de W. Me Donald, citadas por *ANCLA*, Vol. XIX, no. 4, julio-agosto de 1985; Cfr. además el artículo del propio Me Donald “Atlantic Security, the Cuban Factor”, En *Jane's Defense Weekly*. 22 de noviembre de 1984.

²⁵ Fidel Castro; La deuda externa (selección temática, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1985, p. 66.

²⁶ Se excluyeron textiles, derivados del petróleo, calzado, piel y atún. entre otros.

norteamericano, unida a la pretensión de los Estados Unidos de acceder a los record bancarios de cada nación, provocaron intranquilidad y dudas entre los “beneficiados” y restaron impacto a la Iniciativa, que fue evaluada en términos bastante discretos por los propios gobernantes más proclives a los norteamericanos.

Además, la Iniciativa aumenta las contradicciones intracaribeñas, cuando estos países “necesitan la integración, necesitan la cooperación internacional; su desarrollo no puede emprenderse a base de sus recursos exclusivamente y no debe llevarse a cabo como un negocio de transnacionales, sino que su objetivo cardinal tendría que ser el bienestar de su población y la consolidación de su independencia e identidad nacional”.²⁷

Respecto a los resultados de la ICC,²⁸ cabría destacar que las importaciones norteamericanas provenientes de los países incluidos en ella declinaron en un 18% entre la primera mitad de 1985 y 1984; asimismo, que las exportaciones de los Estados Unidos a la región aumentaron entre 1983 y 1984 en alrededor de 450 millones de dólares con un crecimiento de más de un 7%, decayendo en la primera mitad de 1984-85 en un 4%.

Las principales críticas a la ICC desde el punto de vista caribeño plantean que es inadecuada e internamente inconsistente; que no muestra comprensión de los problemas del Caribe y que carece de una serie de ingredientes como incentivos para los inversionistas, falta de tratamiento para el área de servicios —especialmente el turismo. Por otra parte, no considera que el obstáculo fundamental para cualquier tipo de desarrollo es la carencia de infraestructura, lo cual es una constante en el Caribe.²⁹ Esto explicaría en parte la razón por la cual la inversión extranjera no ha empezado a fluir a la región.

El problema de la ICC es que, según reconocen algunos personeros norteamericanos, ha creado expectativas poco realistas; se debe tener en cuenta que lo que quieren los norteamericanos es “una política a largo plazo” [...] el tipo de desarrollo que hará que estos países sean económicamente autosuficientes y darles un nivel de vida en el que no haya el suelo fértil para la subversión que hay en la actualidad.³⁰ Por lo tanto,

²⁷ Fidel Castro; Nada podrá detener la marcha de la Historia (entrevista concedida a Jeoffrey Elliot y Mervyn Dymally). Editora Política, La Habana, 1985, p. 195.

²⁸ *Statement of P. D. Taylor. Deputy Assistant Secretary for Inter-American Affairs.* Department of State before Subcommittee on Western Hemisphere Affairs, US House of Representative Department of Commerce before the Subcommittee. On Western Hemisphere Affairs, US House of Representatives, 26 de septiembre de 1985; Testimony on the Caribbean Basin Initiative, 26 de septiembre de 1985, W. B. and Wheeler, Director, Office of Development Programs Hemisphere: Affairs. 26 de septiembre; de 1985; Prepared Statement of L. Theriot, Director CBI Center, US and Foreign Commercial Service, International Trade Administration, US The Caribbean Basin Initiative by Stanley H. Smith, President, Shaw University, Raleigh, N. Carolina, presented to the subcommittee on International Economic Policy and Trade and Western Hemisphere Affairs, 26 de septiembre de 1985

²⁹ Cfr. C. Skeet: op. cit.

³⁰ Palabras de Ronald Reagan, 26 de julio 1983

la recomendación de los gestores del ICC es paciencia, aunque las necesidades de estos países sean apremiantes.

Por otra parte, el compromiso norteamericano con la ICC habría decaído debido a las fuertes presiones políticas de sectores que se sienten afectados por la Iniciativa; además, se producen contradicciones entre los inversionistas norteamericanos y los gobiernos de la región en el sentido de que los últimos consideran que una total apertura económica a los inversionistas extranjeros constituiría una suerte de suicidio político; a esto se agrega el fuerte proteccionismo norteamericano y la baja en las cuotas azucareras, lo cual sugeriría que la preocupación de Washington por el área se produce sólo en momentos de crisis, en los cuales entran a jugar toda la serie de mecanismos integrados para manejarla.. Una vez que la crisis pasa o se hace menos aguda, se vuelve al curso “normal y el foco de atención se desvía hacia otra zona en que los intereses norteamericanos corren más riesgo.

El componente ideológico de la política de la administración Reagan se concentra en fortalecer las instituciones y estrechar sus vínculos con los sectores caribeños más conservadores. En enero de este año se creó la *Caribbean Democrat Union (CDU)*³¹ cuya primera reunión se efectuó en Jamaica. Un representante del Partido Republicano inauguró la reunión. La carta de la organización, conservadora en su enfoque, plantea que “un mercado libre y competitivo” constituye “una importante salvaguardia contra la erosión de los derechos y libertades básicos”, y agrega que “la democracia política y la propiedad privada son componentes inseparables de la libertad individual”. Una constante fue la referencia a la cooperación política” la formación de la CDU formaliza dicha cooperación.³² Es importante señalar que la CDU también formalizará ciertos canales de colaboración política intrarregional que hubieran enfrentado dificultades en el marco de las operaciones normales gobierno a gobierno del CARICOM. Por consiguiente, las actividades que no podrían haber sido financiadas por medio de las estructuras de la comunidad caribeña lo serán ahora por medio de variadas organizaciones políticas no gubernamentales.

Al mismo tiempo, surge una gama de organizaciones del mismo tipo orientadas hacia las mujeres, la juventud y específicamente enfocadas hacia la educación política. En esta dirección resaltan también las actividades de la *Konrad Adenauer Stiftung (KAS)*. institución estrechamente vinculada al Partido Demócrata Cristiano alemán que está expandiendo sus actividades en la zona. Ya ha iniciado sus labores

³¹ Asistieron Edward Seaga, Eugenia Chales, Herbert Blaize, K. Simmonds, J. Osbourne, G. Mallet, H. Elrington, J. Horne, como observadores lo hicieron J. Swann y S. Hamilton este último secretario general de la International Democratic Union.

³² En septiembre de 1985 el *Eastern Caribbean Institute for Democracy* asistió a una reunión en Dominica donde participaron partidos gobernantes del Caribe Oriental. En 1984 la *Caribbean Youth Conference* decidió crear una organización similar para la juventud de la zona. En noviembre de 1985, durante una conferencia de mujeres organizada por el *Bustamante Institute of International and Public Affairs*, con base en Jamaica, se creó la organización *Caribbean Women for Democracy*

en Granada, donde apoya un conjunto de tareas —incluyendo la educación política— en el recientemente creado Instituto para la Democracia. La KAS tiene actividades y programas (especialmente los relacionados con la juventud) en Jamaica., Haití. Belice, St. Lucía, donde radica el programa regional para la juventud y Barbados.³³

La ofensiva ideológica. hacia. la región se canaliza también en el marco de la ICC a través de los programas de la AID, que tiene 22 proyectos de educación evaluados en 103 millones de dólares y una asignación de 48 millones más para nuevos proyectos; cuenta con 5 millones como fondo de becas anuales; la USIA aporta 187 capacidades para intercambio, becas y entrenamiento, a la vez que AFL-CIO proporciona cursos para sindicalistas. En los cursos de 1983-84 los temas tratados giraron en torno a la sociedad y las teorías democráticas, “la naturaleza de las dictaduras”, “el impacto de las ideologías”, los “sistemas políticos y económicos pluralistas”, entre otros.³⁴

La formación de este frente conservador es coherente con la política de Reagan, que también se apoya en una constante campaña a través de los medios de difusión en los cuales se hiperboliza el problema del Caribe y se le hace aparecer a punto de explotar y de volverse marxista, lo que está muy alejado de la realidad. Según Carl Stone, “si se miran los resultados de las elecciones en términos de tendencias ideológicas [...] se encontrará que los partidos de la izquierda están obteniendo más bien una baja proporción de los votos,³⁵ a lo cual habría que agregar que el accionar de estos partidos y el peligro que implicarían son magnificados en beneficio de los políticos que se están haciendo eco de la retórica norteamericana con respecto a la seguridad del área.

Si consideramos real el planteamiento de Vaughan Lewis en el sentido de que la llave de la vida política caribeña es interna y que “tiene muy poco que ver con los impulsos ideológicos externos”, tendríamos entonces que llegar a la conclusión de que el “impulso externo” hacia el conservadurismo en la región es un sin sentido; más aún si consideramos que es un elemento de polarización en una zona en la que la intervención en Granada logró neutralizar y “centrar” nuevamente —por medio de la presión externa— a las masas en el Caribe, eliminando en el futuro inmediato la opción de poder que podrían representar sectores progresistas y de izquierda y moderando las tendencias reformistas. Necesariamente podríamos deducir que la formación de este polo ideológico conservador sería invalidado por el factor externo a partir del cual se gesta. Se podría pensar además que desde el punto de vista

³³ Sobre el creciente interés de la RFA en la región, consúltase Insight. vol 8, agosto de 1985, y Caribbean and West Indies Chronicle.

³⁴ M C. Sunshine: The Caribbean, Epica Task Force, 1985, p. 110.

³⁵ Carl Stont: The English Speaking Caribbean: Current Conditions and Implications for US Policy, p.53.

caribeño era innecesario crear tal agrupación, que sólo sirve al proyecto contrainsurgente norteamericano; esto es, a la fase preventiva.

El modelo requiere revitalizar la democracia, y aunque “la democracia está floreciendo en el Caribe a pesar de “las difíciles condiciones económicas”, es necesario, según Fauriol, “sostener y mantener estructuras políticas heredadas y potencialmente débiles”³⁶ que resultan compatibles con el sistema imperialista. Se trata de atacar los problemas estructurales mediante la “reforma de las economías existentes y políticas para promover el crecimiento y la diversificación”. El autor aclara que será un “proceso gradual, ya que un cambio rápido puede llevar fácilmente a la intranquilidad social y política”. Al mismo tiempo, se impulsa la profesionalización de los militares a fin de que puedan enfrentar efectivamente la insurgencia, si esta se produjese.

Aunque la amenaza real a la seguridad interna de los países del Caribe es en parte de carácter económico ya que “la austeridad económica fomenta la inseguridad personal” —lo cual a su vez origina la inestabilidad social—,³⁷ la estrategia de los “conflictos de baja intensidad” contempla como esencial el reforzamiento del aparato militar de los países “amigos” del Tercer Mundo (o para los efectos de esta estrategia), de la “resistencia democrática”³⁸ como garante del sistema.

Los criterios dominantes respecto a la seguridad³⁹ son los de Estados Unidos: la fuerza militar es un medio para lograr sus objetivos y garantizar su hegemonía, a la vez que actúa como elemento disuasivo e instrumento de la política exterior.

Como región el *status* político “es que los subversivos han perdido la batalla”, pero donde los Estados Unidos aún no han ganado la guerra; el Caribe es objeto —consecuentemente con la línea militarista que los Estados Unidos persiguen— de una amplia ofensiva. El proyecto militar para el área contempla varios aspectos.

³⁶ G. Faunol: op. cit.

³⁷ Cfr. Intervenciones de Palmer Fletcher y Stone en *The English Speaking ...* ed. Cit.

³⁸ Isabel Jaramillo. “El conflicto de baja intensidad: modelo para armar”, trabajo en preparación.

³⁹

Sobre las distintas percepciones en torno a la seguridad, pueden consultarse B. Norton; “Defending the Eastern Caribbean”. En *The World Today* junio de 1984; J. Hernández: “La ideología militarista y la política de los Estados Unidos en los años 80”, ponencia inédita, 1985; J. Alford: “Security Dilemmas of Small States”. En *The World Today*, agosto de 1984; Xabier Gorostiaga: “Centroamérica y el Caribe: geopolítica de la crisis regional”. En *Cuadernos Semestrales del CIDE* no. 15, 1984; D. Ronfeldt *Geopolitics, Security and US Strategy in the Caribbean Basin* Rand; Project Air Force. 1983; V.A. Lewi: “Los Estados Unidos y el Caribe: la potencia dominante y los nuevos Estados”.

En *Nueva Sociedad* no. 56-57, 1981.

Según el presidente Reagan, la asistencia a la seguridad “contribuye tanto a la seguridad mundial” como al propio presupuesto de defensa de los Estados Unidos. Agrega además que en el caso de El Salvador “la juiciosa medida de otorgar suficiente ayuda económica y militar obvia la necesidad de considerar alguna participación directa de fuerzas norteamericanas”; este último elemento es esencial en la estrategia de “baja intensidad”. Consecuentemente, el 85% de toda la ayuda militar recibida de los Estados Unidos a través de la historia por los países del Caribe se produjo entre los años 1982-84, y se sigue manteniendo en 1986 con la prioridad otorgada a Jamaica y República Dominicana.⁴⁰

Por otra parte, el gobierno norteamericano está intentando atraer a las industrias de la defensa para que se trasladen a la “Cuenca del Caribe”. *El Industry College of the Armed Forces* se encargó de un estudio sobre estas industrias (electrónica fundamentalmente) y al parecer recomendará su reubicación.

Entre los factores que inciden influyen la cercanía geográfica, la seguridad y estabilidad de la región y la relativa facilidad con que los Estados Unidos pueden “proteger” al Caribe en momentos de crisis, a la vez que sería una prueba de que la ICC puede generar desarrollo y empleos. Los países beneficiados serían Jamaica, Honduras, Haití y posiblemente Trinidad y Tobago, Barbados y Antigua..

La profesionalización de las fuerzas de seguridad contempla un fuerte contenido ideológico, además de la elevación de la capacidad tecnológica.. El “conflicto de baja intensidad” implica ambas cosas. Se trata de que la capacidad tecnológica uniforme, al igual que la profesionalización, favorecen y facilitan la eventual integración de estas fuerzas en un aparato regional de seguridad. La “baja intensidad” de los conflictos es un punto de vista norteamericano y no de los países del Tercer Mundo.

El proyecto para un ejército regional —el denominado Ejército del Caribe Oriental— pierde validez, transformándose en “fuerzas especiales”⁴¹ que en el área caribeña se denominan *Special Service Units*, adscritas a la Policía de cada isla.⁴²

Jamaica es una pieza importante para los Estados Unidos en el Caribe y establece las características del modelo para el área.

Así, las fuerzas de Defensa de Jamaica son asesoradas por militares norteamericanos; también se les entrena en *Fort Bragg* y Puerto Rico⁴³ conjuntamente con otros

⁴⁰ Cfr. Isabel Jaramillo: “Los Estados Unidos y el Caribe: el caso dominicano”. En *Cuadernos de Nuestra América*. vol. n, no. 4.julio-diciembre de 1985.

⁴¹ Se les da así coherencia con la reestructuración del aparato militar norteamericano de acuerdo con las necesidades estratégicas planteadas por la readecuación. estratégica de los Estados Unidos.

⁴² *Caribbean Contac*, noviembre de 1985.

militares caribeños. Granada es un escalón en el entrenamiento para las unidades especiales. Las fuerzas jamaicanas son recicladas constantemente en la Isla, donde operan junto a fuerza norteamericanas. Se ha creado el *Special Forces* de Jamaica, formado fundamentalmente por los participantes en Granada; conforma un cuerpo élite y está en la línea directa de las futuras promociones dentro del ejército. También se ha creado el Cuerpo Especial Antimotines.

El programa de entrenamiento se ha fortalecido psicológica e ideológicamente de forma que estas fuerzas constituyan un factor esencial en la represión interna, sin descuidar tampoco el hecho de que puedan desempeñar también un papel externo, como ya lo hicieron en Granada.

Además de esto, las fuerzas de defensa participan en maniobras conjuntamente con fuerzas norteamericanas en Puerto Rico y Guantánamo.

Gran Bretaña también cumple un papel con sus recientemente creadas fuerzas de despliegue rápido que podrían ser utilizadas en el Caribe; en la práctica se espera que operen con las fuerzas de despliegue rápido norteamericanas. Gran Bretaña también participa en el intercambio de militares con Jamaica y aporta entrenamiento a los guardacostas en Barbados y San Vicente.⁴⁴

Las maniobras y ejercicios en la zona tienen una función importante en la estrategia norteamericana, que las define como un elemento “disuasivo” por medio de la vigilancia e intimidación, pero que a la vez integran las fuerzas de defensa caribeñas al aparato militar norteamericano en la región. Las más recientes serían “Palma Exótica” en Santa Lucía, y “Upward Key”, en Antigua, a fines del año 1985. La integración de las fuerzas de seguridad y la policía a nivel regional son parte necesaria del esquema norteamericano en el marco del “conflicto de baja intensidad”.

La idea de una fuerza de seguridad regional para el Caribe no acaba de tomar cuerpo, ya que los enfoques difieren en cuanto a los intereses que giran en torno a ella. Así, los Estados Unidos auspiciarían un gran aparato de seguridad⁴⁵ enmarcado en la percepción Este-Oeste, vinculado a su seguridad nacional ya los problemas de la “amenaza interna” y “amenaza externa”. Desde el punto de vista del Caribe, los

⁴³ Históricamente Puerto Rico ha desempeñado un importante papel en la estrategia norteamericana; ha sido “modelo económico” centro de actividades militares e intermediario de: la política militar de los Estados Unidos. Sobre el particular, cfr. Jorge Rodríguez Beruff: *Puerto Rico y la militarización del Caribe*. CEREP, 1984; J. Enders: *La presencia militar norteamericana en Puerto Rico*. Río Piedras, 1980; Jorge Rodríguez Beruff: *El papel estratégico de Puerto Rico en el contexto de la nueva política de la administración Reagan hacia el Caribe*, CEREP, 1982; Awilda Colón: *La militarización de Puerto Rico y la intervención militar norteamericana en Centroamérica y el Caribe*, Río Piedras, 1984.

⁴⁴ *Insight*, vol 87, julio de 1985 y US Naval Institute Proceedings; *Apuntalando el Caribe*, julio de 1983.

⁴⁵ Entiendo en términos no proporcionales a estos Estados, sino a los intereses geopolíticos norteamericanos.

criterios más ecuanímenes parecen girar en torno a la idea de un aparato normal de seguridad interna, pequeño y proporcional de acuerdo a las necesidades y realidades de cada uno. Las diferencias de opinión se dan en cuanto al espectro de operaciones que tendría una fuerza de seguridad regional, y también en cuanto a si participan los miembros de la Organización de Estados del Caribe Oriental o los Estados del CARICOM en su conjunto.

Lo que sí parece una realidad es la intención de formar un sistema de seguridad regional bastante suelto mientras en el Caribe no se presente una posición unificada que permita formalizar un marco institucional a través del cual los norteamericanos podrían establecer una relación de asistencia a la seguridad con la institución regional que se creara, pasándose a un tipo de vinculación que no sería la existente hasta ahora (la bilateral)), aunque por supuesto esta se mantendría.

En todo caso, lo que cabe para el Caribe dentro del esquema del llamado “conflicto de baja intensidad” es un aparato posiblemente con jefatura en Barbados; el mismo coordinada a las policías y unidades de seguridad especiales interrelacionadas por un buen sistema de comunicaciones y logístico que pueda ser articulado y movilizado de acuerdo a necesidades contingentes.⁴⁶

El Caribe tiene un desarrollo histórico diferenciado, directamente relacionado con el patrón de dominación colonial, si lo comparamos con el resto de América Latina, en cuanto a las instituciones políticas, sociales, las clases y al aparato militar, especialmente en el Caribe inglés y francés. Mientras el ciclo de autoritarismo parece llegar a su fin en el Cono Sur en la forma de dictaduras militares, en el Caribe se reformula⁴⁷ por medio de la fuerte presencia militar externa y un “reforzamiento de los sistemas de seguridad locales que llevan a un trastorno del equilibrio entre los varios sectores sociopolíticos [...] el proceso de modernización sugiere a los militares un sentido de su propio *status* particular como único sector virtuoso, como guardianes del sistema”.⁴⁸ Además, “las autoridades militares a menudo se dan cuenta de que se encuentran al frente de una de las organizaciones más eficaces de la sociedad, y con posibilidades de perseguir objetivos generales; de ahí que se les invite o sean obligados por los acontecimientos a llevar a cabo funciones propias de las autoridades civiles”.⁴⁹

⁴⁶ Existen problemas reales de seguridad que el área debe enfrentar, como el tráfico de drogas y la existencia de grupos paramilitares organizados, para su solución no se necesita precisamente un ejército regional, ya que la misma reside en lograr la viabilidad de las economías en crisis

⁴⁷ Isabel Jaramillo; “Los Estados Unidos y el Caribe...” cit.

⁴⁸ V. Lewis: “The US and the Caribbean: Issues of Economics and Security”. En *Caribbean Review*. vol XI, no. 2, 1982.

⁴⁹ Cit. por N. Minello; “Ejército y poder en América Latina, reproducido en la serie LECTURAS, CEA. 1980.

Esta opción (regímenes autoritarios) no ha sido utilizada en el Caribe anglófono hasta ahora, pero constituye una perspectiva que se abre y no es precisamente la más idónea⁵⁰ para resolver los problemas de la región.

Como conclusión fundamental señalaríamos que semejante enfoque geopolítico tiende a ignorar las necesidades y problemas reales que afectan a la región, sobre todo en el marco de la percepción Este-Oeste.

Por lo demás, la estrategia diseñada para los llamados conflictos de baja intensidad, implica el perfeccionamiento y la decantación de toda una serie de mecanismos injerencistas históricamente aplicados. Las medidas políticas, económicas, sociales y militares —que pueden aplicarse flexiblemente según el país o región de que se trate—, están diseñadas para controlar los cambios sociales o intentar revertirlos a favor de sus intereses de “seguridad”.

La militarización del área representa un peligro para el propio desarrollo de los sistemas políticos parlamentarios, que pueden transitar fácilmente hacia el autoritarismo. Al introducirse este como posibilidad, se estrechan los parámetros de funcionamiento de las democracias parlamentarias caribeñas.

La ya frágil y afectada integración que representaba una perspectiva común de cooperación para el desarrollo, se fracciona aún más, restándole fuerza al Caribe como región.

En el aspecto integracionista, ya se hace difícil la cooperación en las relaciones exteriores. El pluralismo ideológico, que fuera uno de los elementos esenciales del movimiento integrador, ha quedado reducido a un “pluralismo ideológico restringido”.

En términos ideológicos, se trata en definitiva de mantener el *statu quo* y eliminar las opciones progresistas, antimperialistas: un reduccionismo que ignora el decursar histórico y las propias acciones de los pueblos.

⁵⁰ Cabe resaltar la reciente experiencia haitiana, donde la presión popular obligó a un recambio de la dictadura. Es conocida la existencia de planes de contingencia para intervenir militarmente y planes alternativos a la intervención directa —acuerdos entre el gobierno dominicano y Haití— que no han sido implementados hasta el momento, ya que hasta cierto punto se ha logrado canalizar la presión popular de forma de abrir un relativo y controlado espacio político que no vulnera los intereses imperiales. Pero la validez de la experiencia reside en demostrar que las masas crean nuevas formas de lucha en el marco de las condiciones existentes y a pesar de las posibilidades coyunturalmente limitadas de la apertura.

